

MIGUEL ALBERO



Vivimos tiempos donde lo falso se expande como una epidemia. No ha invadido solo el mundo de la información y la política (*fake news*) o de los objetos (marcas, productos, dinero, materiales, etc.). También se extiende a las personas (impostores, falsos titulados, falsas personalidades en internet, etc.). Lo falso ha existido siempre; su actual invasión en todos los ámbitos se debe, en parte, a las nuevas tecnologías, pero, sobre todo, a que si no nos gusta la realidad, ahora nos inventamos otra en lugar de intentar cambiarla.

Índice de contenido

Unas palabras para *Fake*

I. Falso epílogo, con ponerlo al principio ya te miento

II. Las lindes de lo falso, el terreno de la falsificación

III. Sociedad líquida, sociedad del *fake*, bienvenidos al mundo falso

IV. Tipos de falsificadores: Dime con qué me engañas y te diré cómo te llamo

V. Lo más completo: el impostor, el falsificador de sí mismo

VI. Lo máspreciado: con mi moneda te pago. Los falsificadores del vil metal

VII. Lo más común: es tu marca, pero es mi bolso. El falsificador comercial

VIII. Lo más profundo: déjame que te cuente, limeña, que para eso he ganado. Los falsificadores de la historia

IX. El más pintado: para Picasso ya estoy yo. Los falsificadores de arte

Colofón

Bibliografía

Sobre el autor

UNAS PALABRAS PARA *FAKE*

He de decirlo rápido y claro: Miguel Albero ha escrito un libro sorprendente, brillante, original y divertido. Necesitábamos que alguien se internara en la frondosa selva del *fake* contemporáneo. Miguel Albero llama *fake* a la invasión de la falsedad y la impostura en la cultura y la sociedad contemporáneas. Urgía que alguien desmenuzara y ampliara y explicara esa palabra inglesa tan frecuentada, tan dicha en todas partes.

El *fake* es todo cuanto se produce bajo el orden de la falsedad, la mentira o la desproporción. La expresión más usada es *fake news*, porque en efecto vivimos en un mundo en donde casi resulta imposible distinguir las noticias falsas de las verdaderas. Incluso a veces nos da igual. Hemos llegado a la indiferencia, hemos alcanzado una especie de nirvana en donde la verdad y la mentira solo son accidentes sin importancia del presente delirante en que vivimos. Hemos llegado a no distinguir lo falso de lo verdadero y esa indistinción se ha adueñado de nuestra sensibilidad, no sin pervertirla. Por eso, este ensayo es importante, porque ilumina la filosofía de la mentira, y lo hace con humor y con una acertadísima selección de los ámbitos de exploración aquí convocados: sociedad, literatura, medicina, arte, gastronomía, política, moneda, etc.

Tiene el lector entre sus manos una breve enciclopedia del arte de la falsificación, una guía y una brújula para caminar en la selva de la mentira compulsiva. Albero ha construido una galería de impostores. La galería de impostores

de distinto pelaje que aparecen en este libro es amenísima. Los impostores de este libro son seres adorables. Todos tienen gracia y sutileza. Vivieron vidas originales, difíciles, artísticas, vidas que Albero rastrea como un zahorí de la mentira, del enmascaramiento, de la impostura. Porque Albero siente admiración por los impostores, pues late en ellos un sentido de la poesía que a veces necesitamos recordar.

Los impostores de Albero nos enamoran enseguida. Me he quedado prendado de la vida de esos falsificadores de cuadros famosos o de billetes o de dólares que no conocía, seres humanos que dedicaron su vida a adentrarse en las grietas de nuestra civilización y que el autor retrata como nadie.

Miguel Albero maneja una gran información y abundante bibliografía sobre lo que podríamos llamar el mundo *fake*; un mundo que él ha sabido ensanchar e incluso transformar en una novela, porque este libro está escrito con los andamiajes de la narración entretenida, con un anecdotario insólito, y siempre con la finalidad de que el lector aprenda y se divierta.

Este libro propone además una inesperada radiografía ética de nuestro mundo. No se agota en la descripción de la impostura y de la falsedad. Va más lejos, y lo hace con sencillez e ironía. ¿Adónde va? Va casi al corazón de nuestra época. Albero es un gran escritor y elige, en este caso, el género del ensayo literario porque le sirve para argumentar que vivimos en la enajenación social, cultural y política, en donde la verdad y la mentira, tanto en el espacio público como en el ámbito íntimo, están en constante transformación. Nos dice Albero que vivimos en un mundo que ha hecho de la contradicción flagrante una frenética forma de vida.

Este ensayo es pues todo un diagnóstico filosófico, un museo humorístico de la mentira, una interpretación de estos años en donde hemos aprendido a dudar de la verdad y a confiar en la mentira.

MANUEL VILAS
Roma, 1 de enero de 2020

Y he aquí las primeras palabras que me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la Egida: «¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan solo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad».

HESÍODO

Lo falso es susceptible de una infinidad de combinaciones, pero la verdad no tiene más que una forma de ser.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

I

FALSO EPÍLOGO, CON PONERLO AL
PRINCIPIO YA TE MIENTO

Vivimos tiempos donde el *fake*, lo falso, se expande como una mala enfermedad, como un rumor con chispa, como tus deudas. No son solo las *fake news*, las noticias falsas, ni los bolsos falsos de Prada que compras en el *top manta*, porque la expansión de tus deudas te impide adquirir el original, ni los falsos *tickets* de restaurante, con los que comes por la cara, antes de que te la partan en cuanto se enteren del camelo. Todo es falso, hasta en la carta de ese restaurante hay un falso *risotto*, que no contiene arroz; los museos que no visitas están llenos de obras falsas, las ciudades coloniales, donde tampoco vas de vacaciones, se han vuelto falsas; los cantantes son ahora falsos cantantes, hasta los intérpretes del lenguaje de signos son falsos. Porque, ya puestos a falsificar, una vez inoculado el mal, la expansión —que habrá que llamar metástasis, pues hablamos de una patología— no afecta únicamente a los objetos, también se extiende generosa a las personas, y el mundo se ha llenado de pronto de impostores: falsos Rockefellers, muy falsos príncipes saudíes, doctores falsos; son falsas hasta las promesas con las que te engañan a cada rato.

Tan es así, que la literatura, hasta hace dos días el territorio natural de la ficción, se consagra ahora terca a la verdad y por eso se habla de la literatura del yo, porque para ficción hoy ya está la vida misma, ahora leemos en la prensa, y sobre todo en las redes, noticias falsas todo el tiempo, y buscamos ansiosos la verdad en la literatura, donde, si no cuentas algo cierto ya a nadie le interesa, no te inventes milongas que ya me desayuno con ellas cada día, no me hables de dragones si me acuesto todas las noches con uno.

Pero aunque esa metástasis nos lleve a pensar que estamos ante algo nuevo, lo falso es tan antiguo como el hombre y en algunos casos se encuentra ya en la propia naturaleza; si agarras esa hoja del árbol y resulta no ser una hoja sino un insecto repugnante, que con esa forma se disfraza el muy artero, es que la cosa viene de lejos, será que esto de lo falso no es un invento de nuestros días. Luego hablamos de algo, lo falso, que nos ha acompañado siempre, ha formado parte del hombre desde que es hombre, o incluso antes y, por tanto, lo precede, nos precede, pero que con el tiempo ha ido ocupando invasor esferas donde antes no estaba, colándose donde nadie lo había invitado. Por eso, para tratar de entenderlo, a lo largo de este libro intentaremos analizar lo falso en todas sus vertientes, empezando por definir qué es, qué entendemos por falso y por falsificación. Continuaremos, una vez acotado nuestro campo de estudio, analizando esta sociedad nuestra donde lo falso ha triunfado, para desmenuzar esas manifestaciones nuevas de lo falso que pueblan, entrometidas, nuestras vidas, para tratar de averiguar por qué se ha acelerado esa metástasis hasta el punto de borrar las lindes entre lo falso y lo real.

Más tarde, si el lector nos acompaña, nos adentraremos curiosos en el proceloso mundo de falsificadores e impostores, para allí comprobar —con una mezcla precisa de espanto y delectación—, por si no nos habíamos dado cuenta, que los hay de todo pelaje y condición; raro es el día en que no nos topamos con uno, si es que eso no sucede cuando nos miramos cada mañana en el espejo. Entraremos pues con curiosidad malsana en todos los campos: el de los impostores, el de la falsificación de moneda o la comercial, el más grave de la falsificación de la historia, o el más simpático de la falsificación artística; en efecto, con la curiosidad de quien hurga en lo ajeno con el objetivo de descubrir sus mecanismos —si es posible, sus razones—, tratar de entender su proceder.

Pero no se me asusten, en este libro intentaremos mantener la premisa de decir la verdad, aunque eso es cuanto afirma solemne todo mentiroso antes de empezar a contar mentiras. Eso hace, por cierto, el protagonista de *El mentiroso* de Goldoni, una obra de 1750, cuyo arranque es este: «Desde que tengo uso de razón, no hay persona que pueda reprocharme la menor mentira». Y a partir de ahí, después de esa *explicatio non petita*, y como no podría ser de otra forma, todo es mentira. Tampoco incurriremos en el aserto contrario: «Todo cuanto sigue es falso»; así empieza el libro de Roger Peyrefitte sobre Fernand Legros, uno de los personajes clave en el mundo de la falsificación de arte. Así que no se confundan, no valdrá ese aserto para este libro, porque cuanto sigue, si no es la verdad absoluta — pues esa ya no la venden ni en las tiendas con púlpito—, desde luego no es lo falso sobre lo falso, que aquí no hay voluntad de engaño y ya veremos cómo eso, la intención de engañar, es elemento clave de toda falsificación, condición *sine qua non* para que se produzca.

Tampoco es esto un falso ensayo, donde, en medio del mismo y sin previo aviso aparece inoportuna la ficción y, de pronto, surgen personajes fabulosos sacados de la chistera, o peor, aparezco yo para contarles cómo afecta lo falso a mi muy insignificante persona. No, esto es, o al menos pretende ser, un ensayo de verdad, un intento, pues, una aproximación a un mundo fascinante, ubicado a nuestro pesar delante de nuestras narices, no en lugares remotos y ajenos, no en los anaqueles de la historia, sino en tu día a día, en tu cotidianidad más mañanera.

Pasen y lean, espero que al final del viaje sepan algo más de este mundo falso que nos rodea, que les rodea.

II

LAS LINDES DE LO FALSO, EL TERRENO DE LA FALSIFICACIÓN

*Poco los dioses dan, y aun eso es falso,
mas si lo dan, aun falso, el mismo darlo es
verdadero. Acepto a ojos cerrados. Basta.*

RICARDO REIS

Antes de adentrarnos en el fascinante mundo de los falsificadores, debemos tratar de definir qué entendemos por falso y por falsificación, es decir, acotar sin engaño el ámbito de nuestro estudio. Porque si vamos a recorrer el mundo de lo falso y lo falsificado, debemos dejar claro su sentido, de una manera genérica aplicable a todos los ámbitos de la vida.

«Falso» es, según la primera acepción recogida tradicionalmente en nuestro DRAE, hoy DLE, «Aquello que es contrario a la verdad por error o malicia». La segunda acepción ofrecida por el diccionario es más neutra, pues afirma que es «Aquello que aparenta ser real o no es lo que parece». En las dos acepciones lo falso se opone a la verdad, o a lo verdadero, también a lo auténtico, a lo original, y así se emparenta con lo apócrifo, pero hay entre ellas un matiz que resulta clave.

Y, por analizar sus orígenes y entrar de paso en el matiz, digamos que «falso» proviene del latín *falsus*, participio del verbo *fallere*, que quiere decir 'engañar o burlar'. Luego, en su etimología, el concepto está más cerca de la primera acepción del diccionario, aunque solo cuando lo contrario a la verdad lo es por malicia, no por error. Así, según la acepción etimológica, para que algo sea falso, no basta con que tenga apariencia de real y no lo sea, debe mediar un engaño, sin trampa no hay falsedad, sin engaño no existe falsificación. Excluiríamos así el error, al menos cuando hablemos de falsificación, porque la intencionalidad es la clave y en el error no se da, pues el error implica, por oposición, la ausencia de dolo, si queremos ponernos jurídicos y precisar responsabilidades. Cuando media dolo, hay intención y,

por tanto, voluntad de engaño; si habláramos de un homicidio, ese homicidio sería entonces doloso. Si no, si lo que media es negligencia, si se ha producido un hecho luctuoso, pero yo no pretendía matar a nadie, el homicidio, por seguir con la rima, sería culposo, pero no doloso. Por eso, si un cuadro de un museo es atribuido erróneamente a otro pintor, pero quien lo pinta no quiere en ningún caso engañar, sino venderlo como suyo, y quien lo atribuye erróneamente a otro tampoco lo hace por engañar, sino porque se equivoca en la atribución, entonces, no podemos decir en puridad que ese cuadro es falso. O, por ser más precisos, podemos afirmar sin mentir estar ante un falso Goya, pero también sostener sin equivocarnos que no ha mediado falsificación. Tampoco la hay en el copista que se queda horas con su caballete delante de *Las meninas*, porque él no está produciendo un falso Velázquez, una falsificación de *Las meninas*, solo una copia, que no es lo mismo, y la diferencia estriba en que ahí tampoco hay engaño. Luego el mismo objeto, un cuadro que reproduce *Las meninas*, tiene un nombre distinto según medie o no engaño; si no lo hay, es una copia; si está presente, entonces estamos ante una falsificación.

Por eso en este libro hablaremos de lo falso y de la falsificación en esa misma primera acepción del DRAE y no en la segunda, y solo cuando medie engaño y no error. Por ello tampoco es propiamente falso el *risotto* al que llamamos falso *risotto*, que no contiene arroz, porque ahí, en efecto, no hay arroz, pero tampoco engaño. O, al menos, solo hay un engaño al hacerlo parecer un *risotto*, pues desde el momento en el que tú mismo lo calificas de falso evitas el engaño y, por tanto, la falsificación, ya que me estás avisando de cuanto haces, porque no existe la voluntad de engañar. Ocurre algo parecido entre el mundo de la estafa, que no de la falsificación, y el de los magos y sus trucos con chistera. Quien te hace el timo de la estampita te está estafando, porque te engaña, utiliza un truco para sacarte

las perras. El mago, por su parte, también utiliza trucos y ahí hay apariencia de real —por eso se llama ilusionismo, porque pretende ser una cosa que no es—, pero desde el momento en que eso sucede en un escenario, no hay engaño, aquí el lugar lo cambia todo; si la magia te la hace un cambista en la calle y te da gato por liebre, ahí sí hay engaño, pero si has pagado la entrada para ver a un tipo en cuyo DNI pone «mago» en el apartado relativo a la profesión, entonces eso ya no es estafa, es magia. Ya lo dice el maestro Tamariz: «En la magia no hay engaño, sino ilusión». Pues eso. Y es que, si me compro un bolso en el top manta, no hay engaño en el vendedor (aunque sí comercio fraudulento), porque, si no, de qué me va a costar cien veces menos que el original; sí lo hay en esta ocasión en el fabricante, porque le ha puesto una marca a ese bolso que no le corresponde. De nuevo el lugar lo condiciona todo.

Y usando lo falso en esa primera acepción llegamos a «falsificación», definida como «Hacer o fabricar una cosa falsa, que solo aparente ser real». Aquí el diccionario evita hablar de la intención, probablemente por obvia. Pero, aunque no lo explicita, al remitirnos a lo falso, damos por hecho —al menos en cuanto al contenido de este libro— que toda falsificación siempre contiene el engaño como causa, que el engaño es un elemento esencial de toda falsificación.

SINÓNIMOS Y ANTÓNIMOS

Lo falso tiene la riqueza de presentar como antónimos varios adjetivos, a veces empleados indistintamente, pero otras, no. Por un lado, se opone a lo verdadero, como cuando en un test, en ese que nunca aprobamos, nos ponen la frase *El Danubio es un río africano* y después tenemos dos opciones para contestar: verdadero —y entonces